

# EL COMBATE

AÑO II.—NÚMERO 28

SEMANARIO REPUBLICANO

DÓMINGO 21 DE ENERO DE 1900.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Salamanca: trimestre, UNA peseta.—Fuera: idem, 1'50.  
Fuera: semestre, 2'75.

Número suelto, 5 céntimos.—25 ejemplares, UNA peseta.  
Número atrasado, 10 céntimos.

Director: D. ANGEL LORD MARCOS

á quien se dirigirán los originales y toda clase de correspondencia.

CUESTA DE OVIEDO

## APUNTEN...

Son las siete de la noche y llega nuestro Director á la redacción, y nos da cuenta de una entrevista con una autoridad muy dada á conferencias y quiere por la tremenda someter á todo el mundo á su odioso dominio.

Alcahuete, bribón y canalla son las frases cultas que ha empleado para nuestro inofensivo Director y para alguien que también fué atropellado en otra ocasión por tan culta autoridad.

La manera de confeccionar nuestro número hace que hoy no contestemos como se merecen las groserías y desplantes inusitados de quien debiera tener siquiera una noción de lo primero que impone la educación al hombre que quiere vivir en sociedad máxime si este es autoridad y tiene la obligación de dar ejemplo.

No tenemos tiempo para demostrar por parte de quién están las bribonadas y canalladas; hoy por hoy sólo, como el título indica, apuntamos; en el próximo dispararemos y veremos quién cac.

¿Qué culpa tenemos nosotros de que ciertas mercancías no estén en el mercado á merced de cualquiera comprador de mala fe?

Ya verá qué excesivo es el precio que hemos marcado.

No está al alcance de todas las fortunas.

Hasta el próximo número... correctísima autoridad.

## LA COBARDIA

Una de las principales causas del abatimiento á que hemos venido los republicanos ha sido la cobardía. Cobardes continuamos siendo, y por serlo, no vemos término á nuestros males. No hay ya quien se atreva á sostener sus ideas con aquella entereza que en otros tiempos llevaba á los republicanos á la emigración y á la muerte.

Esta cobardía es censurable por ser puramente subjetiva. Los enemigos se crean sólo ante la debilidad del contrario. El valor, la energía, la virilidad, si no intimidan siempre, se atraen por lo menos el respeto de todos.

La iglesia católica puede servirnos de ejemplo. Es fuerte con los débiles; débil con los fuertes. En España manda el Papa; en Francia obedece. Aquí, todo un presidente del Consejo de ministros que fué mason, hizo quitar de una capilla protestante los atributos del cristianismo y unos versículos de la Biblia. En Roma, en la misma capital donde se yerguen altivamente las torres del Vaticano, la iglesia protestante disputa el suelo á la iglesia católica. ¿Se mostraría con nosotros tan orgullosa la Iglesia si á par de Francia le sentáramos bien la mano?

Pues esto sucede con los republicanos. «No conviene asustar, dicen. Si queremos que venga la República, debemos contar con el apoyo de todos los españo-

les.» Entendámonos. Lo primero que es necesario hacer para traer la República, es mucha propaganda. Esta propaganda no puede halagar á las gentes que no sean republicanas. ¿Hay que halagarlas? Entonces hay que dejar de hacer propaganda republicana. Si la difusión de las ideas se ha de verificar por medio de un periódico—exclaman—ha de poder penetrar éste en todas partes sin protestas y sin escándalo de nadie. ¿Qué se pretende con tan ciega y torpe conducta? ¿Defenderá la República, la libertad, los derechos humanos, el periódico bien acogido por conservadores, fusionistas, carlistas, neos y reaccionarios de todas clases y categorías? Hoy más que nunca conviene concretar, fijar y determinar bien nuestras ideas. La claridad y la precisión ganan muy pronto adeptos: la vaguedad no pierde. Tenemos ha mucho tiempo un programa en que hemos abarcado todos los problemas nacionales, dándoles solución. No renunciaremos nunca á plegar nuestra bandera. Con ella á los cuatro vientos hemos de conquistar la República. Quien se vayan los que nos teman, ó que nos combatan. Con ellos ó sin ellos hemos de vencer. Las ideas de justicia acaban por imponerse, son eternas; los hombres mueren.

Jamás pondremos nosotros nuestra pluma al servicio de una causa tan indigna. Nuestra época es de lucha, de batalla, de guerra encarnizada. Vive España muriendo bajo la omnipotencia del catolicismo y del juego escandaloso de los partidos. Predomina todavía el régimen de las castas. Para Guerra, para Marina, para el culto y clero se presuponen grandes cantidades. Pide la nación que se las rebaje, mas en vano. Es mezquino y pobre el presupuesto de Fomento. Debiera ser el más importante para bien de la agricultura, el comercio, la industria, las ciencias y las artes; es, sin embargo, el más quebrantado por las economías que en él se han hecho.

Siempre hemos andado descaminados los republicanos. Hemos pasado la vida dividiéndonos por buscar uniones, luego sin fruto. Hoy, cuando la pelea debiera ser más reñida y la propaganda más activa, estamos por las medias tintas, por lo vago, por lo que no asuste.

Llevamos los republicanos en la sangre la educación clerical y jesuitica. Somos frailes con apariencias de liberales.

Con republicanos así no iremos nunca á ninguna parte.

## OLVIDADOS

Si, mártires de Montjuich, víctimas de los gobiernos de la restauración, nadie se ha acordado de vosotros, ni una sola voz se ha levantaado en la Asamblea de Valladolid en demanda de justicia y merecido castigo para vuestros verdugos. ¿Qué importaba á los allí congregados otra cosa que no fuese el interés de sus propios intereses? Abiertas de par en par las puertas de las cajas de caudales dispuestas á recibir el tanto por ciento, cerradas las del corazón á todo sentimiento humanitario, en la capital de Castilla la Vieja se dieron cita los ricos de ayer para llamarse ¡qué cinismo! los oprimidos, los explotados. Verdadero centro de mercantilismo nacional en el que se cotizó el patriotismo, como en el mercado se

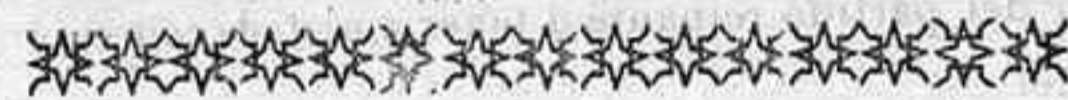
aprecia y estima la bala de algodón, la fanega de trigo y el saco de patatas.

Imposible que de aquella lonja partieran gritos del alma, leve recuerdo á los infelices torturados en el castillo de la Ciudad Condal, protestas y maldición eterna á los émulos de Torquemada.

Pretender los que tal proceder y tal conducta han seguido regenerar la patria, constituye una solemne locura; no está, no, ni mucho menos el porvenir del país tan solo en el *Debe* y *Haber* de nuestra hacienda; es necesario saldar la cuenta de la justicia, cuya partida de cargo es importantísima y urge cancelar para colocarnos al nivel que la cultura y civilización reclaman, exigiendo responsabilidades á los autores y cómplices de tanta crueldad, vergüenza de los españoles.

Burgueses, os engañais miserablemente queriendo acomodar el bienestar de la nación á la prosperidad de vuestras gabetas; morireis pletóricos de avaricia y egoísmo, y la verdadera Patria, el pueblo, celebrará vuestros funerales entonando el *Gloria* de su redención que por sí solo realizará libre de egoísmos, con sano y verdadero entusiasmo, inspirado en la justicia, igualdad y fraternidad.

Entonces, desheredados de Montjuich, tendreis un puesto de preferencia para la realización de la obra hermosa de la regeneración española. No seréis olvidados.



## ¡A trabajar!

Si yo fuera quien para hablar eficazmente en nombre del Estado, dirigiera á cuantos en España ejercen la profesión religiosa, un discurso del tenor siguiente:

«Ochenta mil sois, según los últimos datos estadísticos, entre curas, frailes y monjas; ochenta mil personas que tienen por misión orar noche y día por el bien y la felicidad de todos. Económicamente nada producís. Consumís, eso sí. Algunos de entre vosotros consumen demasiado; el que menos algo. Quien consumen y no produce, vive á expensas de los demás. Alguien ha de producir lo que él gasta. Si vosotros, varones, labráis los campos, ejercitaréis la industria y el comercio, cultivaréis con fruto las profesiones liberales; si vosotras, hembras, fuérais madres de familia, contribuyendo á aumentar la población, cuidando de vuestro marido y de vuestros hijos, seriais, humanamente hablando, útiles á la sociedad. En vuestra profesión religiosa, también podéis ser útiles.

¿Cómo? De dos maneras: ó moralizando al pueblo con vuestras exhortaciones y vuestro ejemplo, ó atrayendo sobre él los dones de la divina gracia. Moralizar á una sociedad, es prestarla el más grande de los servicios, ya que la moralidad es para el ser colectivo, el mejor de los negocios; por eso Inglaterra, tan poco dada al misticismo, retribuye espléndidamente á su iglesia. Procurar á un país las bendiciones del cielo, sería hacerle el mayor de los bienes. No ya el presupuesto de culto y clero, todo el presupuesto y aun la fortuna entera de todos no bastaría para pagar tamaño beneficio. Pero es el caso que vosotros no moralizáis, puesto que el país en que vivís es uno de los más corrompidos. Es el caso que no atraéis sobre nosotros las mer-

cedes de la gracia, puesto que el país que os mantiene es uno de los más desgraciados. Luego, siempre hablando humanamente, ninguna misión útil cumplís: No ganáis el pan que coméis.

¿Alegaréis que vuestro ministerio tiene una trascendencia ultraterrena que sólo se percibe del otro lado del sepulcro? Valga ello para los individuos y allá cada cual aprecie qué sacrificios pecuniarios deba hacer en vista de la salvación de su alma. El Estado nada tiene que ver con la otra vida. Su reino es todo de este mundo. Bien sé que aquí es una afirmación de la retórica oficial de que el estado es católico. En la forma, es esto un tropo; en el fondo, una inocentada. El Estado no puede ser católico, ni protestante, ni ortodoxo, ni hereje, ni creyente, ni ateo, por la sencilla razón de que el Estado es un ser colectivo y en cierto sentido una abstracción, una entelequia. No va á misa; no confiesa, no comulga. No tiene alma que salvar. Cuando nace no le bautizáis; si muere, no le administráis los sacramentos. Fallecido, no celebráis por él sufragios. No os imagináis que en la otra vida vaya al cielo, ó que arda en los infiernos. Y es porque el Estado es algo de impersonal, de intangible, de inconcreto, que no vive para la vida de los seres reales y sustantivos. Llamar católico al Estado, es una frase vacía de sentido; es lo que denominaría Spencer, según ha recordado oportunamente Clarín á este propósito, un *no pensamiento*.

No me vengáis recordando ahora la historia de los bienes desamortizados y afirmando que lo que el Estado os da es la legítima indemnización que por aquellos bienes os debe. Hay entre la propiedad individual y la colectiva una esencial diferencia. Hembra ó varón, niño ó anciano, sano ó enfermo, loco ó cuerdo, moral ó delincuente, nunca pierde el individuo su derecho de propiedad, porque siempre tiene fines que cumplir, necesidades que satisfacer. Las colectividades dejan de tener derecho á la propiedad cuando no cumplen su misión. La propiedad del ser colectivo está afecta al fin, no á la persona. Tan pronto como dejáis de desempeñar vuestra función social, perdéis todo derecho á los bienes que para su cumplimiento os fueron confiados. ¿Cómo se os ha de deber nada en concepto de indemnización por bienes á cuya posesión no sois acreedores?

Diréis acaso que no es vuestra la culpa si la misión religiosa y moralizadora que os ha sido encomendada, resulta sin fruto. La culpable, según vosotros, es esta sociedad descreída y degenerada que no pone de su parte lo necesario para que resulte el bien común. «Ayúdame y Dios te ayudará, á Dios rogando y con el mazo dando». No lo discuto. Pero, aún supuesto que la felicidad terrena, única de que aquí se trata, fuese el resultado de una colaboración entre la gracia y el esfuerzo, el hecho es que los españoles no podemos atender á la vez á entrambas cosas. Somos demasiado pobres. La gracia necesita, por lo que dicen, intercesores; el esfuerzo, capital. Lo que os damos por rezar, para trabajar nos falta. Con lo que cuesta cada obispo, podría establecerse un banco agrícola. Lo que cobra cada cabildo, bastaría para una granja modelo. Si pagamos rogativas, no podemos hacer canales. Tenemos que elegir.

Que la sola eficacia del esfuerzo huma-



no basta para labrar la prosperidad de las naciones, es un hecho manifiesto que no podéis desconocer. No ireis vosotros á afirmar ahora que la gracia divina pueda favorecer á la herejía. Pues, sin su auxilio, por la sola virtud de la inteligencia y del trabajo, la Inglaterra herética posee medio mundo, la Alemania luterana se ha trocado en un vasto y poderoso imperio, la Francia, descreída y revolucionaria, es una nación grande y rica, y hasta Holanda y la Suiza protestantes viven, en su modestia, felices. Si hemos de obtener la justa compensación del sacrificio que nos cuesta el mantenerlos, es indispensable que por vuestra mediación obtengamos las ventajas que esas naciones deben á su ciencia y á su laboriosidad.

¿Es ello ó no posible? Ni lo afirmo ni lo niego. Nada de ideas preconcebidas. Vosotros defendéis la posibilidad del milagro. Sea. Con verlo basta. Pero no lo vemos. El pueblo, sobre el que venís dominando secularmente, y sobre el que domináis todavía, es uno de los más desventurados del orbe. No os acuso; consigno el hecho. ¿Es que no rezais bastante? ¿Es que no lograis que vuestras plegarias sean eficaces? Cualquiera que pueda ser la causa, el efecto es patente. Seréis santos, seréis benditos, seréis perfectos, vuestra conducta será irreprochable, vuestras palabras serán inspiradas en la mas pura sabiduría; pero esta España, por cuya prosperidad elevais al cielo preces incesantes, sigue siendo, á pesar de ello, la última palabra del credo.

Así pues, obispos, presbíteros y diáconos, frailes de todas las comunidades y monjas de todas las advocaciones, padres y madres sin hijos, y hermanas sin hermanos, cuantos directa ó indirectamente, por *fas* ó por *nefas* percibís algo del presupuesto á causa de vuestra profesión religiosa, daos por notificados: si en el improrrogable plazo de seis meses no habéis logrado convertir al pueblo español de pobre en rico, de enfermo en sano, de ignorante en culto, de débil en fuerte, de holgazán en laborioso, de sucio en limpio, de indiferente en previsor, de descuidado en cuidadoso, os limpiamos el comedero. Esto no puede seguir así. O á rezar bien ó á trabajar de firme. A servir para algo.»

Y transcurrido el plazo de seis meses sin haberse realizado la portentosa transformación, lo haría lo mismo que lo digo.

ALFREDO CALDERÓN.

## Asamblea de Valladolid.

También EL COMBATE ha estado en la Asamblea que se ha celebrado en la capital de Castilla la Vieja, por los elementos productores de toda España.

Aparte de nuestras opiniones particulares y pesimismo sobre tales asociaciones, en relación con la decantada regeneración española, comprendíamos que era un acto público en el que tenían puesto sus ojos la mayoría de la Nación, y allí acudimos á ser testigos presenciales de todo cuanto ocurriera, y á dar á nuestros lectores cuenta leal y sincera, no de los detalles de las diferentes reuniones celebradas, pues ésta labor ya la han hecho los diarios, si no de las impresiones que hemos sacado de todo cuanto allí se habló y se dijo, por los que indudablemente, en su inmensa mayoría, acudieron á la invitación de las Cámaras llenos de fe y buena voluntad para prestar su apoyo y dar aliento de vida regenerada, á ésta pobre patria postrada y abatida cual ser agónico que no anhela más que lo dejen bien morir, sin que le molesten, aunque sea á cuenta de escarnios y de infamias por parte de aquellos para quienes debía de ser sagrado hasta el último aliento de la vida.

Pero antes de entrar en el fondo de nuestro asunto, cumplimos como agradecidos, enviar un

abrazo y un cariñoso saludo de eterna gratitud á las comisiones todas de Valladolid, encargadas de la recepción de los Asambleístas.

Todo lo que significa desvelo, actividad, trabajo, todo, absolutamente todo, lo van desempeñando con maravillosa perfección. El deseo de cualquiera era adivinado al momento y realizado inmediatamente. Es necesario haberlo presenciado para poder formarse idea del trabajo numeroso que significa la labor que ha pesado estos días, sobre las comisiones del Círculo Mercantil Vallisoletano.

Nuestra enhorabuena á la Comercial ciudad, que tan alto ha puesto el nombre de Castilla la Vieja.

Ahora, ahí va nuestra opinión, que seguramente ha de llenar más de un artículo, toda vez que hoy nos concretaremos á escribir las impresiones generales, dejando algunos puntos para cuando tengamos en nuestro poder las bases definitivamente aprobadas.

¿Han respondido las Cámaras de Comercio á la esperanza que en ellas tenía gran parte del país? Hombres independientes que trabajan, producen y que conocen las riquezas del país, se han congregado, discutido y aprobado en definitiva unas bases que, si algo tienen de censurables, quizá sea el resultar ilusorio el planteamiento de algunas de ellas, por ser demasiado buenas; bien, al que es imposible llegar en poco tiempo, por nuestro peculiar modo de ser.

Esto mucho significa, y por de pronto se ve que aún queda algo sano, que tiene deseos de prestar su concurso directo al engrandecimiento y reconstitución de la pobre patria, fondo hasta ahora de vividores sin conciencia.

¿Tendrán el valor, la energía y abnegación necesarios para poner en práctica los medios únicos para ser oídos y que no resulte ilusorio todo cuanto han aprobado? Aquí, aquí está la solución del problema.

Varias tendencias se han puesto de relieve en las sesiones, pero es innegable un hecho; y es que cuando el anciano y probo labrador de Casasola, Sr. Rico, apuntaba al blanco y decía con la sinceridad propia del labriego honrado «que él bien sabía donde hacer en 24 horas las economías que pedía la Asamblea, y que si era necesario se debían derribar los cachivaches que todos conocemos,» el asentimiento era general y grande, tan grande y general como era el regocijo y entusiasmo con que los asambleístas escuchaban al Sr. Montes Sierra, representante de Sevilla, que valiente cual ninguno, ha dado la nota más radical y único salvador que tienen las Cámaras para llegar á la meta de sus aspiraciones.

El telégrafo me anuncia en este instante que la Junta permanente está en sesión y que suspenda juicios. Así lo hago, dejo el trabajo incompleto, pero prefiero esto á tenerme que rectificar en el número próximo, mucho ó todo de lo que dijera en éste.

Así es que me quedo, hoy por hoy, con la nota optimista.

¡Ojala no tenga que rectificarla!

## EN BROMA Y EN SERIO

La cáfila silvelista nos ha dotado de un Ministro reformador hasta lo inconcebible.

No contento con sujetarnos para la medida del tiempo á un meridiano extranjero, que es como si nos sujetara para medir la tierra á la yadrainglesa ó á las ligas de Ismaél Pachá, vá y se le ocurre añadir el día, desdoblándolo, con una duración de veinticuatro horas.

¡Y pensar que si antes se hubiera caído en la cuenta no habríamos perdido las Colonias, ni nos hubieran dado los yankees la carrera en pelo, desde los maniguales cubanos, hasta el tratado de París!

¡En que pequeñas cosas consiste la caída de los Imperios! Porque á mí que no me digan: después de nuestras catástrofes viene este gobierno á regenerarnos; es decir, á darnos condiciones de vida, distintas á las que teníamos cuando nos zurraban la badana; y zás, lo primero que hace es meterse con el tiempo, no el de

Rancés, reorganizando su curso y medida; luego, ó yo no veo claro, ó resulta por modo indiscutible que las antiguas prácticas para contarlo, tuvieron no poca parte en nuestras desdichas.

Este es un dato, que, no porque venga de Dato, es menos datable en la cuenta de los errores pasados.

De no aceptar esos motivos trascendentales para la reforma, habría que admitir, que el Ministro de la cronometría se ha puesto de acuerdo con todos los relojeros, á fin de obligarnos á soltarles los cuartos a cambio de horas.

Porque ya verán ustedes lo que sucede el día en que se establezca el regenerador proyecto los españoles todos, y con ellos los salmantinos acudiremos en tropel á las relojerías, encargando apresuradamente que nos aumenten las horas en las esferas, la potencia del volante y la resistencia del timbre.

Y habrá aquello de—¿dónde vá usted tan aprisa, don Segismundo?

—A que me lo empalme en el doble Pedro Blanco, para el gobierno de este año—dirá el interpelado, enseñando la muestra.

—¿Cómo tan diligente, doña Curra?

—Jesús, hijo, voy á casa de Gómez para que me supla lo que me hace falta en este reloj de caja, porque los huéspedes me traen loca exigiendo dos almuerzos y dos comidas por haberse doblado el día.

Una vez regenerados los relojes, vá á ser ella. El desgraciado que, como yo, tenga en su casa un armatoste de tiro rápido, que se arranca con una descarga formidable para dar la hora, y que si Dios no lo remedia, dará hasta veinticuatro golpes—diez y ocho más que la codorniz de Pepa la Frescachona—sobre un timbre chisnesco y retumbante, de fijo que sale escapado de la cama, nervioso y medio loco, creyendo que le dan una cerrada monumental en su propia alcoba.

Y si el reloj es de repetición, como el mío, lo que es la cuarenta y ocho no la resiste ni Dato en persona, sin descerraraj un tiro al mismísimo lucero de la mañana.

Lo que dice mi vecina, doña Tula, viuda espiritual de un beneficiado de Cuenca, á la que dejó el difunto un reloj de repetición y de cuco por más señas:—¿Qué voy á hacer con este condenado de animal, que canta *cú cú* á cada campanada, cuando le toque dar las veinticuatro repetidas? Advierta usted, don Paco de mi alma, que ese número equivale á noventa y seis *cu cus* monótonos y desabridos, ¿Qué le parece á usted?

—Que se adelanta la primavera.

—Quiero decir ¿qué hago con el cuco?

—Pues retuérzale usted el pescuezo.

No digo nada cuando se trate de averiguar la edad precisa que tenía el *interfecto*, cuya inscripción de nacimiento digera: «nació á las diecisiete y cuarenta minutos del día, etc., etcétera», porque ni la Bula le salva al curioso de plantear dos ó tres ecuaciones con la mar de incógnitas para averiguar la longitud y latitud del meridiano *Greenvikh*, lo que tarda ó se anticipa en llegar la luz del sol al punto del nacimiento y la hora del día en que nació el chucuelo.

Que uno tiene que viajar y que el tren sale á las veintiuna veinte; pues lápiz en ristre y aritmética al canto para... llegar tarde.

¿Qué te parece á tí de eso que se trae el señor de Dato? preguntaba esta mañana un golfo á otro en el patio chico de la catedral, mientras recogían colillas canónicas.

—Pa mí que lo que *quíé* ese cura es aumentar el día pa que se nos doble el hambre.

—¡Anda leñe! Pues no *ties* tú poco orgullo. ¡Si creerás que ese *Ministro del señor* iba á discurrir pa quitártela de repente!

Entre *menegildas*—Oye tú Sebastiana, ¿hasta qué hora tienes permiso el día de fiesta?

—Me ha dicho mi ama que no vuelva más tarde que las dieciocho.

—De modo que piensas volver...

—Tempranito; á las cinco, después de comer los buñuelos con el arrastrao de mi tocayo.

Entre colegas: El tío Niceto, honrado tabernero, aunque algo clérigo en lo de administrar el bautismo, lee el bando de la alcaldía que manda cerrar las tabernas á las veintidós y media; y el hombre, que no quiere contravenir á las órdenes de la autoridad, se pasa el día entre jarreo y jarreo echando la cuenta por los dedos para despedir con oportunidad á los parroquianos; pero no le sale la cuenta, y cierra á las veintitrés. Multa inevitable y prisión subsidiaria.

En cambio el tío Arbitrios, también del gremio, con más picardías que un jerbado y menos aritmética *digital* que su vecino, cierra la taberna á las veinte y la abre de par en par á las veinticuatro y diez, con lo que se lleva la

parroquia de todos los que ahora llamemos *tranocheadores*, y se hace rico en un porriquete.

Resultado: que el *lino* se arruina mientras el otro se pone las botas por un *quitame allá ese*

Dato.

Cuestión de regeneración de temporada. Lo que no sabemos es si el señor ministro de la Gobernación ha mandado ensanchar los maticos de la Península.

Y de las islas adyacentes.

Pero todavía no es tarde.



## Puede el baile continuar.

Continúa en los Cuerpos Colegisladores representándose la bufonada conocida con el nombre de «Discusión de los Presupuestos.»

Y causa náuseas, á nosotros, á los que pagamos los vidrios rotos, oír apóstrofes severos rebozados en un fárrago de palabras, elocuentes sí, pero vacías de sentido práctico, y lo que es peor, desprovistas de la esencia de la fé, de la convicción y de la verdad, lanzadas por los mismos que hace dos años defendían á capa y espada como bueno, como inmejorable, lo que hoy rechazan por impolítico, por falta de condiciones de vitalidad, por contrario á los intereses del pueblo.

¡Los intereses del pueblo! ¿Y qué importan á los hombres del pacto del Pardo los intereses populares?

Para ellos el pueblo no es otra cosa que una gran esponja impregnada de jugo vital y colocada sobre la mesa de despacho del ministro de Hacienda. Este la esprime á su antojo y extrae de ella el jugo necesario para inocular sendos millones en los bolsillos de los personajes de la situación.

¿Que la oprime mucho? Alzan su voz los que esperan su turno, temiendo que se agote y no quede nada para ellos.

¡Intereses del pueblo! Para los monárquicos no hay pueblo: hay monarquía, y nada más.

El juego de compadres que en el Congreso y en el Senado se verifica, es demasiado antiguo para que no lo conozcamos.

Gritos, alharacas, imprecaciones, amenazas, votos particulares, enmiendas, votaciones nominales cuando el Gobierno tiene asegurado el triunfo, soporíferos discursos plagados de contradicciones, antítesis completa de lo dicho en la anterior legislatura... caramelos, agua y azucarillos. Total, nada. Todo música, pero música celestial.

Volverán los fusionistas, ó los conservadores de Tetúan, y entonces serán Silvela y Villaverde y Dato y Rancés y Pidal los que todo lo encuentren malo, los que nieguen á los nuevos gobernantes dotes políticas y económicas, los que censuren con acritud y fustiguen con dureza á los poderes por su falta de tacto en la cuestión A, por sus errores en el asunto B, por su descarado proceder en el negocio H, por sus tropelías en las elecciones y por su ningún respeto á la ley fundamental, á la Constitución, en todos sus actos.

Ni más, ni menos. Ruido, escándalo, alarides hipócritas de a'or al pueblo en sus torneos, y las lanzas que en ellos utilizan no son otra cosa que inofensivos rollos de cartón recubiertos de papel de plomo.

Esto es lo de todos los días, lo corriente, lo natural en el estado actual de cosas; así es que no merece que nos ocupemos en serio de esos histriones adocenados, con más desvergüenza que talento y más afán de lucro que patriotismo.

Los conocemos perfectamente bien, por desgracia, y sabemos que España sólo puede esperar de ellos declamatorios discursos, ampulosas frases, y si volviendo por sus derechos pistoteados protesta, cargas de caballería.

Hasta que suene la hora de ajustar cuentas, pueden seguir charlando y gesticulando. Nosotros mismos les animaremos con hurras para que prosigan en su desacreditada ocupación.

Ya lo sabéis pues, egregios; puede el baile continuar. Aprovechaos del Carnaval monárquico, que nosotros os recordaremos, más pronto de lo que os figuráis, el *Memento homo*...



## Los sectarios.

Parece mentira, y sin embargo, es una realidad hartamente palpable; hombres que, pretendiendo imitar al Salvador del mundo, á aquel Mártir del Gólgota que dicen que derramó su sangre generosa



dejándose crucificar en una cruz para redimir a la humanidad de sus culpas, realizan para llevar a cabo su pretensión, precisamente todo lo contrario de lo que hizo el Hijo de Dios a su paso fugaz por la tierra.

Vedlos, si no, hacer ostentación de sus riquezas, insultando la miseria del pueblo con el lujo asiático que despliegan en sus ritos. Vedlos, poseídos de una soberbia satánica, de un odio africano, arremeter contra los hombres que abrigan sentimientos altruistas, subsistiendo su rencor aun más allá de la tumba. Vedlos alimentados y movidos por el influjo de todas las malas pasiones.

Alba, Torquemada, Arbués, Guzmán, toda una pléyade de católicos que parecen abortados por el genio del mal, abandonan la tierra dejando en pól de sí inmensos regueros de sangre. La Historia narra sus hechos horrorizada de tanta crueldad. Los hechos de la noche de San Bartolomé y de la sima de Iguzquiza son las proezas que saben realizar.

«Son los hombres del Catolicismo imitadores del Crucificado en la tierra? Imposible. Aquel que *todo lo podía* aconsejó el desprecio a las riquezas, dando el ejemplo con su venida al mundo en un pajar en Belén, y la Iglesia se asienta sobre montes de oro; a la humildad de Cristo, que permitió que le pusieran la mano en el rostro, corresponden estos sectarios profesando al que llaman hereje un odio implacable.

Son la antítesis del Hombre-Dios. Orgullosos, soberbios, despotas, sibaritas, conspiran contra lo instituido para implantar el autoritarismo y desarrollar sus instintos criminales. Diez y nueve siglos llevan predicando las máximas de Cristo y todavía éste no reina ni con mucho en la tierra, y es que los hechos de estos hombres están en pugna con sus palabras.

Desprecien las riquezas, tengan amor al prójimo, practiquen la paz y la caridad, y entonces tendrán derecho a decir que son adoradores de Dios en la tierra.

«Lo harán así? No lo esperéis. Continuarán escarneciendo e injuriando a Cristo, hasta que los ttabajadores del mundo entero transformen la sociedad expropiando a la burguesía los medios de producción y haciéndolos patrimonio de toda la humanidad. Entonces será hora de que se cumplan aquellas palabras de Jesucristo: «Amaos como hermanos».

H. V. ZABALA.



## VERDE Y AZUL

Asombra que haya podido pasar en las Cámaras, sin una protesta, sin la debida obstrucción, la reforma de la ley que pone a los periodistas en manos de curas y militares, declarando a estas dos clases a la misma altura que las instituciones, a las cuales no nos es dado decirles nada.

Ese privilegio, recabado por un solo clérigo en el Senado, debe levantar una protesta general en todos los periódicos honrados.

Desde hoy ya no nos será posible denunciar a la opinión pública ningún general prevaricador y cobarde, ni ningún clérigo ignorante, vicioso, ladrón ó asesino.

La ley les ampara. Pueden impunemente cometer ya toda clase de horrores. Nadie lo ha de saber.

De los mismos privilegios gozabase en tiempos del prostituido y achulapado Fernando VII.

Un paso más y ministros y empleados públicos serán también declarados custodias, cosa sagrada a donde no podrá llegar la censura humana.

¿Y esto ha pasado sin protesta, sin que nadie haya levantado la voz?

Cada día nos vamos convenciendo más de que aquí raya todo a la misma altura.

Lodo todo, por no emplear otra expresión más gráfica.

El *Liberal* habla de una conferencia celebrada entre el jefe del Gobierno y el general de Sargento, deduciendo de ella que el Sr. Silvea ablandó el corazón de su conferenciante, inclinándolo en sentido de consideración y apoyo para el gabinete y de favor para la obra por esta emprendida.

Todo consiste en la hora en que se celebre esa conferencia. Si fué después de comer, no es extraño que el pacificador de tres guerras accediese a todo: Es cuando está más tierno.

En ayunas, se acuerda todavía que fué llamado el salvador de la patria, y está inabordable.

Y decir que ese hombre, que es en el fondo un infeliz con su cuenta y razón, figura y dirige nuestra política. Así va ella.

\*\*\*

Los ministros se han reunido para estudiar un expediente de cantidad importante para adquirir material de guerra.

Nada; á armar costas y fronteras, á comprar cañones y fusiles, á aumentar el ejército, que luego si viene gente de fuera, no faltará un Sagasta que nos venda y un Blanco que haga entregar hombres y pertrechos al enemigo.

Nos apena ver lo que en todo esto se gasta, por lo inútil que luego resulta.

Los silabarios son mucho más baratos los cañones, y nos hacen mucha más falta todavía. No hemos aprendido nada con lo pasado.

Estamos ahora lo mismo que antes de ir á oír aquella misa aparatosa en el campo de Melilla.

Estas ideas y estas costumbres sólo las puede cambiar una revolución radicalísima.

\*\*\*

El Gobierno nos dice que se han alijado muchas armas para los carlistas, y que ha preso á dos hombres en Vergara, que harán grandes revelaciones sobre esta materia.

Se vé que el Gobierno sigue en su costumbre de distraernos, de vez en cuando, hablándonos del carlismo. Alguna variedad ha de dar á la farsa que se representa en las Cámaras. Nosotros habíamos de ver las armas y los hombres, y no lo habíamos de creer todavía.

¡A tal grado ha llegado la confianza que este Gobierno de embusteros nos inspira!

\*\*\*

El verdugo de Granada ha sido destituido por el Gobierno, por no saber bien su oficio.

Y dice el *El Liberal*: «¡Esto es regeneración! ¡Cesante un verdugo por no saber matar á los españoles!»

¡Qué quiere el colega! ¡No en todas partes se dan verdugos tan completos y entendidos como los de Montjuich!

\*\*\*

En casa del Sr. Sagasta se celebró la noche de Reyes una fiesta íntima, en que reinó gran animación.

Al partirse entre los concurrentes la torta, se vió que *el haba* estaba en el trozo que había tocado al Sr. Sagasta, quien dijo con su peculiar gracioso:

—¡Se vé que estoy de suerte!

¡Y tanto! Un hombre que debiera haber sido llevado al tribunal antes que Montojo, Jáudenes y Toral! Nadie se ha metido con él ¡y hasta le toca el haba!

La suerte del Viejo ¡Pastor está siempre en relación con la desgracia del país.

Y esos Reyes que le han conferido el haba le conferirán también antes de algunos meses la cartera de la Presidencia.

\*\*\*

Aprendan ustedes á comer.

Un joven presbítero celebró hace pocos días su primera misa en la villa de Sepúlveda, y el padre del misacantano, para celebrar tan fausto suceso y para dar á la vez un ejemplo de continencia á la comunidad de fieles católicos, convidó á una comida á 300 personas de su amistad, las cuales se engulleron nada más que 4 terneras, 43 tostones, 35 pavos, 120 gallinas y capones, 2 fanegas de garbanzos, 50 flanes y de 100 á 150 piezas de pan de dos libras y media cada una, y se sorbieron 600 cafés, 700 cuartillos de vino común, 50 botellas de Jerez, Málaga y otros vinos generosos, y, por último, 50 botellas de vino generoso.

Un periódico, en el cual hallo la noticia de este derroche gastronómico, añade que «se habían preparado cinco grandes tinajas de agua para el consumo durante la fiesta, pero al terminarse ésta se vió que el líquido no había sufrido merma alguna.»

Lo creo, locreo.

Sin duda los comensales creyeron que el agua la reservaba el cura para aspergear á aquellos estómagos, dignos de bendición.

O acaso el agua no fuese ferruginosa. Porque entonces seguramente se la hubieran bebido... para despertar la gana de comer.



## EN EL ARTISTICO

Al llegar á esta Ciudad nos enteramos de la conferencia que Pablo Iglesias tuvo el día 16 en el Salón Artístico y de la cual salieron altamente satisfechos todos cuantos tuvieron el honor de escucharle.

Obreros, burgueses, capital y trabajo estuvieron presenciando y escucharon al apostol infatigable del socialismo; á unos y otros hemos oído elogiar grandemente la conferencia.

Quiera Dios que no caigan en el vacío muchos de sus sanos consejos, á la desgraciada clase obrera.



## LOS SANTOS

Son lo más sublime que puede encontrarse en el mundo. Son lo más odioso que puede ni aun imaginarse.

Son el consuelo de la humanidad; el azote de sus prójimos: las flores que ha concedido Dios al desierto de la vida; las espinas que continuamente ensangrientan los pies de los que pasan por el camino de la existencia: argumento vivo de lo que puede la gracia de Dios; razón concluyente para que el ateo niegue á Dios: lazos que atan suavemente al alma para que no se aparte de la Iglesia; seres repulsivos en cuya compañía no se desea ni el cielo.

¿Que esto es un absurdo? ¿Que esto es una serie de contradicciones horribles? Nada de eso.

Vamos á verlo. Un hombre que no solamente ama á amigos, pero aun á sus enemigos; que desprecia las riquezas y bienes temporales porque no piensa más que en los celestiales; que no quiere para otro lo que para él no quisiera; que repite continuamente, con palabras del Evangelio, «he venido al mundo á servir y á no mandar»; que en todas partes se coloca el último, y si tiene un pancecillo y ve á su prójimo necesitado, le da medio, ¿no es todo lo bueno que antes decíamos? Pues eso es un santo.

Un hombre lleno de soberbia, de intransigencias feroces, de orgullo y de egoísmo, que, si es seglar, presta al ciento por ciento; intriga sin reparar en medios, para ser diputado y ministro y juez y consejero; si es sacerdote se desvive por tener cargos pingües, ser canónigo, y, sobre todo, ser obispo; y sea seglar ó sacerdote se arrastra ante los fuertes, es cruel é implacable con los débiles, desprecia á los que juzga pecadores, se venga sin piedad de los que le molestan, y vive encerrado en el egoísmo como en un fanal de hielo, es seguramente todo lo malo que anunciábamos, y, sin embargo, es un santo, según el último figurin de la santidad.

Los santos cristianos son adorables. Los santos que ahora nos da la Iglesia como tales, los del patrón de Montaña y Torres Asensio, los que vemos vistiendo capisayos y luciendo mitras, los que forman las congregaciones piadosas, los que figuran como la plana mayor de ultramontanismo, los Garzones y Sanz en la Compañía y todo ese ejército de frailes que nos ha invadido, esos son algo anticristiano, feo, repulsivo; algo que aparta del catolicismo, que lleva á otros campos donde se espera encontrar nobleza, honradez, misericordia, mansedumbre, amistad, sin las que el alma se ahoga.

La santidad tal cual nos la quiere hacer adorar el clericalismo es algo, no sólo despreciable, sino semilla de todas las vergüenzas que degradan á nuestra sociedad.

Es la raíz de donde brotan esos jóvenes Luises llenos de cosmético y colonia, que no escriben, que no hablan, que no son artistas, que no estudian, que no tienen salud. Esos tipos modositos de color pálido que *no han dado un disgusto á su familia y á quienes no gustan las mujeres.*

Es la semilla de esos amfibios de cura y seglar con la levita larga, la tirilla almidonada, la vista en el suelo, las manos cruzadas sobre el pecho y el habla pausada y cadenciosa, que ruban más que Candelas, murmuran más que mujeres públicas y usan crueldad les con los que tienen bajo su férula, que no comería Nerón.

De ahí brotan esos conservadores de reluciente calva, grueso abdomen, cuidada *toilette*, ideas de orden, y creencias, según dicen, arraigadísimas, que unas veces pasean á gatas sosteniendo en sus lomos una horizontal, otras abochornan á las prostitutas con sus proposiciones, y siempre son asiduos de bastidores, camarines y casas de mal vivir encopetadas.

Esa falsa santidad es la que nos ha rebajado, nos ha esterilizado, nos ha hecho incapaces de todo lo noble, lo grande, lo fecundo.

¡Los santos! No hay nada más sublime. ¡Los santos! No hay nada más despreciable.

GIL BIAS DE SANTALLANA

Sin asombro, sin extrañeza he leído en un periódico portugués que las Carmelitas del convento de Praga han venido clautivando de una manera asáz desenfadada los más asquerosos y repugnantes vicios. «En el parque del claustro se han encontrado hasta cincuenta niños enterrados», dice el periódico aludido. «Odiado el convento por los habitantes de aquella villa—añade el colega—al saber el hecho han tratado de arrastrar á las monjas por las calles de la población».

Y en verdad hay algo en esos recintos, infranqueables á la generalidad de las gentes, que predisponen en contra suya. Es un recinto comparable con el triste recinto de las cárceles. Paredes que aislan el sombrío edificio; muros que parece defienden una fortaleza; claustros y galerías para asegurar la incomunicación; todo, en una palabra, lo que parece engendrado por el secreto y el misterio, es lo que constituye esos presidios del entendimiento y la conciencia.

En esos castillos de la Edad Moderna son inexpugnables, merced á nuestras leyes deficientes, las más comprometidas posiciones. Desde la hermana tocada—y frecuentemente retocada—que defiende el zaguami de la portería, hasta la de más luengas tocas que se convierte en canchero del locutorio; desde estas avanzadas que sostienen el fuego de guerrillas con el *profano* que esa poner su planta en el convento, hasta los reducidos en que se defienden traidoramente y ofenden á mansalva las capitanas y generales de la comunidad siempre común, todas ocultan lo que sucede en tal recinto.

Porque se oculta lo que pasa en los conventos, como se oculta lo que pasa en los más inmundos lupanares. Hay que decirlo así, y llamar á cada cosa por su nombre. Por eso, tal vez, la palabra convento es hoy, para los que se dicen bien informados, sinónimo de lupanar.

Asco y vergüenza causa que los vicios más odiosos y nefandos se practiquen bajo el techo de una llamada *religión* que los condena. No busquéis moralidad en esas casas. La encontraréis, sin embargo, en sus anuncios y programas, como en los prospectos y sermones de los Dulcámaras de las plazas públicas; pero no la encontraréis en los actos.

Donde veáis que á la sombra de la *religión* se enseña, afirmad que se enseña lo que no puede enseñarse; y esto sucede donde se enseña á educandos de uno y otro sexo.

Todos los que, por desgracia suya, han vivido en esas casas, han tenido que respirar su aire mefítico y han tenido que contaminarse en aquella atmósfera deletérea. La masturbación individual ó colectiva es el primer acto; la violación y el estupro son frecuentemente el nudo; la sodomía, en todos sus aspectos, el obligado desenlace.

Sin embargo, lo que allí pasa, lo que allí sucede, nada hace pasar, nada hace suceder: pasa y sucede dentro del convento, es decir, pasa y sucede dentro del lupanar.

Veréis que allí donde se almacenan,—no retiraremos la palabra,—que allí donde se almacenan jóvenes, de uno ó de otro sexo, se almacenan igualmente todos los vicios repugnantes que despiertan de consumo la vida común y el celibato. Y es justamente este último sumando en la suma de las nefandas aficiones; el más decisivo en el sexo débil, que llega con las débiles á las más vergonzosas debilidades.

Por eso no nos escandaliza el escándalo de las Carmelitas de Praga; el escándalo, para nosotros sería que no se hubiese cometido tal escándalo.

Lo que sí nos escandaliza es que esa serie de hechos, ese infinito número de eslabones que constituye tan criminal cadena, no subleve la conciencia honrada de cuantos hombres se precien de justos é imparciales. Lejos de ser así, los que cierran las puertas de su casa y las ventanas de su conciencia á los que no repercuten el timbre de la *religión*, evitan confiados sus hijos y sus hijas á esos conventos donde se enseña lo que no debe enseñarse.

¡Lástima grande que la justicia no ataque esos recintos, al parecer inexpugnables, y que detenga su paso majestuoso á la puerta de los conventos, como lo detiene en las antecaras y en las saletas de los palacios!

BENJAMÍN A. RECIO



## Sección literaria

### ¡Sin salvación!

Aun resonaba por el espacio el eco de la última campanada con que se despedía de nosotros el año 1899. Las rutilantes estrellas, con inquietud visible, acechaban de allá arriba las metamorfosis probables que el mundo debía sufrir á consecuencia de la triunfal entrada del año nuevo; y sin embargo, acababan de dar las doce de la noche, habían pasado algunos segundos y... nada, digo sí, mucho frío y un aire fuerte que sin cesar todo lo azotaba.

Al poco rato, por entre zarzales que arañan sus carnes y sus andrajos, aparece la demacrada figura del año que se va á la eternidad para siempre. Mira con ojos arrasados en lágrimas el mundo que deja, comprime con descarnada mano el corazón que le amenaza con salirse de su cavidad, suspira penosamente y con voz cavernosa exclama: «¿me salvaré?»

Aquella frente arrugada y ceñida que por es-



pacio de 365 días había sido la amenaza de los españoles, se levanta con altanería, á la vez que sus ojos verdosos, que tantas veces nos han susnosos, ribeteados de carmin: no cabe duda que el año 1899 ha comprendido que es llegado su postrer momento y quiere reconciliarse con Dios.

—¡Padre mio!— exclama por fin— oye mis disculpas y júzgame luego.—El viejo saca de su faltriquera una casi inservible pipa, la llena de tabaco andorrano, único que, por economizar se ha permitido fumar durante su breve vida, la prende fuego, sepúltase entre los girones que en otro tiempo fueron capa madrileña, y entre chupada y bocanada de humo, dirige al Dios padre la siguiente confesión:

—Muchos son los actos malos que se han cometido durante mi reinado; pero no me culpes de autor, ni veas en mí un cómplice necesario, porque aun llevando mordaza y estando atado con fuertes cadeas, protesté iracundo contra la entrega de Cuba y Filipinas á los yankees: hice cuanto pude para que se aclararan los misteriosos procesos de Jaúdenes, Montojo, Cervera, Toral y otros; trabajé con denuedo para que no se llevase á efecto la suspensión de garantías constitucionales, de que tanto ha abusado el Gobierno; ayudé cuanto pude al «Capitán Verdades» para que se hiciera luz en cuantas denuncias hizo por abusos cometidos allende los mares, sin contar con que esta obra patriótica le costara ir á presidio; me arranqué muchos mechones de mi enmarañada cabellera al ver que hacían no sé qué con 20 millones de dollars y 25 millones de pesetas que se nos regalaron por haber cedido Cuba, Filipinas, Marianas, Palaos y Carolinas; me di de puñetazos con el diablo al contemplar cómo se llenaban de condecoraciones los pechos de muchos militares que apenas habían oído silbar las balas y ni siquiera visto las achocolatadas caras de los mambises; me mordí la lengua, por ver si hacía lo mismo Villaverde al presentar á las Cortes su proyecto de presupuestos; pero todo fué inútil: mis fuerzas se acabaron, mis gritos enmudecieron, y contrito y hambriento, tuve que tragar mucha bilis al ver cómo Silvela se enseñoreaba de España, cómo las elecciones continuaban siendo la farsa ministerial de siempre; cómo los soldados repatriados se morían de inanición y sin cobrar los ahorros que tan penosamente habían ganado; cómo los mítins celebrados para obtener la revisión de los procesos de Montjuich eran comentados con risotadas por los ministros, y

cómo la Asamblea de Zaragoza, apesar de sus trabajos, caía en la sima del olvido. Esto no hubiera causado profunda mella en mí; pero estaba condenado á otras pruebas mayores, como la muerte del gran tribuno Castelar, que me costó, además del disgusto, una fuerte agarrada con las Parcas traidoras que segaron su vida, y con Polavieja, que negó al ilustre patricio los honores militares que le correspondían, y por fin las arbitrarias prisiones de los industriales barceloneses que se constituyeron en mora.

Aquí el viejo 1899 se enjuga dos lagrimones, suspira de nuevo, y tras breve pausa continúa así:

—Si todos estos hechos son otras tantas partidas anotadas en mi libro de cargo, en cambio puedo decirte, Padre mio, que he realizado verdaderas proezas, que dicen mucho en mi favor. He conseguido que todos los españoles se mofaran de la mucha religión y mucho latin que Pidal introdujo en su plan de segunda enseñanza, que se suprimiera el Ministerio de Ultramar, que se ahorrraran unos centenares de duros que se pagaban en concepto de cesantías á los Ministros, que se cerraran todas las tiendas una hora en protesta del atrevido acto de Villaverde, que hubiera disturbios con el mismo motivo en Zaragoza, Valencia, Granada, Sevilla y Murcia, que se fueran con la música á otra parte los reverendísimos Durán y Bas y Pidal y que con mis enredos hiciera oscilar en su pedestal á Silvela...

Aun no terminada la última palabra, el año 1899 levanta los ojos para ver el efecto que la confesión producía en Dios, pero ¡oh desdicha! en la rejilla de la puerta del cielo, en vez de la del Padre Eterno, estaba asomada la cara arrugada del chirigotero «Petrus», que dice en tono agrídule al que se acaba de confesar:

—Viejo marrullero, todo te lo hubiéramos perdonado si tus labios no hubieran nombrado á Silvela.

—¿Qué dices, Pedro? ¿Es acaso pecado mortal ser del partido reinante ó tener amistad con su jefe?

—Para que no te se olvide—añadió San Pedro,—hè de decirte que todo lo que huele á Silvela no puede acercarse á las puertas de nuestra mansión.

—¿Entonces?

—¡Estás condenado á morir asesinado por daga florentina!

Dicho esto el portero celeste cierra la rejilla, y con alegría indecible, mira por un agujero

disimulado, cómo el año 1899 se dirige, cabeza abajo, hacia la mansión de los pecados.

MANUEL SOLDEVILA

## Una Anarquista

Rato hacía ya que estábamos en el Círculo Republicano, cuando entró un anarquista seguido de una mujer del pueblo: después de los saludos de cajón se acercó á mí y me presentó á su compañera.

La discusión había llegado á su periodo álgido, las ideas se revestían rápidamente de forma y brotaban ardientes de los labios animando aquella polémica, chocando entre sí, chispeando como el fuego de un horno, audaces y originales, caldeando aquella atmósfera intelectual como la respiración de los pulmones la atmósfera material, creando un algo peculiar que espoleaba el cerebro y ayudaba á encadenar los pensamientos como sorprendidos en ignoradas células por el relampaguear de la conversación; mi frente ardía y ante aquellos problemas que se debatían sentía que se apoderaba de mí la duda como un monstruoso vampiro de negras alas. Buscando, pues un momento de descanso me aparté de la mesa y me dirigí al banco donde estaba la anarquista, procurando al par, sondear aquel nuevo tipo desconocido para mí.

Su aspecto exterior predisponía á su favor; llevaba un pañuelo á la cabeza é iba limpiamente vestida sin un remiendo en su traje nuevo y humilde; representaba de 45 á 50 años pero bien conservada, buenas carnes y buen color, era sobre todo muy simpática y sus ojos azules revelaban una dulzura extraña. Pronto entablamos conversación.

Ella—llamémosla N.—no conocía otro ideal que el acrático—tan sencillo de explicar—¿Que si estaba casada?—No, era mujer de acción, no le gustaba hablar sino obrar, había vivido quince años con un compañero, compañero que se había marchado con otra, entonces me uní con este—y me señalaba á mi conocido—que

también es muy bueno, muy bueno; estaban juntos ya hacía cinco años.

Su conducta, verdaderamente, me pareció tan moral como la de cualquiera francesa que se casa por lo civil, se divorcia después de 15 años de matrimonio y vuelve á casarse con otro—¿Qué añade al amor la fórmula legal?

—¿Ha tenido usted hijos?

—Sí, de seis me viven cuatro y tampoco están bautizados.

—¿Cómo! ¿Ni siquiera inscriptos en el registro civil?

—No, señor.

—Pero en ese caso no tienen existencia legal, no serán sorteados.

—Si no son soldados mucho mejor, si todas las mujeres pensarán como yo, ni habría guerra, ni curas, ni alguaciles.

Quedéme absorto; sus razonamientos expresados con claridad al par que con una suavidad de acento especial, venían á aumentar el caos de mi cabeza, maravillándome la eficacia de lo precedimientos de aquella revolución pasiva, contra la cual eran inútiles fusiles y ejércitos y leyes.

Y todos aquellos problemas que nos agitaban, todas aquellas martirizadoras dudas que no podía resolver el estudio más fatigoso, aquellas polémicas infructíferas, aquellas gigantes negaciones sin solución, aquella incógnita, en fin, era resuelta por N., la humildísima mujer cuyos ojos serenos y de dulzura infinita contrastaba con el fulgor de los ojos, el hervor de las frentes y la contracción de pupilas de los hombres de la mesa.

Y mientras en mi fuero interno me preguntaba si la fórmula del progreso consistiría en sustituir la ley por la costumbre como XXX siglos de penoso génesis habían sustituido la costumbre por la ley, á pesar de que no creo en la realidad ni en la posibilidad de la anarquía, me dieron ganas de gritar:

—¡Oh mujer! tú estás en lo cierto porque crees y obras.

AURELIO RAS.

SALAMANCA: IMPRENTA DE «EL COMBATE».

FOLLETON DE «EL COMBATE»

## Pobres Jesuitas!

(CONTINUACIÓN)

¡La católica España no podía sufrir al hombre, que más tarde había de venerar en sus altares!

Ignacio huyó de su patria, buscando al otro lado de los Pirineos espíritus menos refractarios á sus propósitos; y pidiendo limosna recorrió Francia, Holanda é Inglaterra.

En París encontró sus primeros adeptos, y con media docena de amigos dió principio á la organización de la Compañía.

Este primer núcleo era pura y simplemente una sociedad ilegal y secreta; mas para él, y según sus principios, el fin justifica los medios, y no creyó dignas de ser tenidas en cuenta las leyes y las autoridades del país en que había recibido hospitalidad.

De los seis primeros compañeros de Ignacio, cinco eran españoles, y el otro francés. Este se llamaba Pierre Lefevre, y los otros Simón Rodríguez, Nicolás Bobadilla, Alfonso Salmerón, Santiago Lainez y Francisco Javier.

IV.

El 15 de Agosto de 1534 inauguraron su Sociedad reuniéndose en la capilla de la iglesia de la Virgen de Montmartre, en la que, durante 328 años después, bajo la protección de Napoleón el Pequeño, han comenzado la construcción de una gran basilica los sucesores de aquel primer grupo de jesuitas, en conmemoración sin duda de la constitución de la Compañía en aquel sitio; pero el ayuntamiento de París se opone á su terminación, y no será fácil que los jesuitas salgan adelante con su empresa.

En aquella primera sesión hicieron votos de castidad, de contentarse con lo estrictamente necesario, de ir en peregrinación á Jerusalem, y de consagrarse al servicio del pontificado romano.

Quisieron después que el Papa legalizara su Sociedad, pero los cardenales se opusieron durante mucho tiempo, creyéndola inconveniente y perjudicial á la Iglesia, hasta que al fin Pablo III la autorizó, por una Bula especial, publicada en 1540.

Tales fueron los orígenes de esta célebre Compañía de Jesús, que no tardó en extenderse por el mundo, y que desde entonces lo ha traído revuelto, haciendo hablar de ella, excitando las más violentas antipatías, y luchando contra grandes y pequeños, infatigable y con persistencia digna de mejor causa.

## CAPITULO SEGUNDO.

### SUMARIO

Despotismo del general de la Compañía.—Sus atribuciones absolutas.—El disimulo y la falsedad erigidos en regla de conducta, en deberes ineludibles para sus miembros por la Compañía de Jesús.—Defensa de tan inmoral procedimiento por sus mismos escritores.

I.

Dirijamos ahora una mirada á las instituciones de la Compañía, porque su conocimiento es necesario para comprender, así su fuerza resistente como las persecuciones que ha sufrido, y la general animadversión que sobre ella pesa.

No es tan fácil como pudiera creerse el conocimiento y definición de las constituciones de la Compañía. Su gobierno es monárquico é independiente, puesto que depende de la voluntad de su general, á pesar de estar subordinado á los Pontífices romanos.

Pretendió, sin embargo, San Ignacio, que su Sociedad ó Compañía, fuese una monarquía mixta, puesto que reservó á la congregación, ó junta general de los hermanos profesos, la elección del general; repartiéndose además entre éste y la junta general el poder legislativo, y reservando también á ésta el derecho de

deponer en ciertos casos al general; pero ¿de qué servía este derecho á la congregación?

Como en las monarquías mixtas ó constitucionales, esta participación del pueblo en el poder es ilusoria, porque el general es quien únicamente tiene facultades para reunir á sus mal llamados socios ó profesos, que tienen derecho á tomar parte en la junta; y como son hechuras suyas, y de él lo esperan todo, porque el general, como los reyes en las monarquías, concede los empleos y distribuye las funciones, está seguro de que harán cuanto á él se le antoje.

La soberanía de la sociedad, es por tanto, una ilusión; y Lainez, que sucedió San Ignacio en el generalato, propuso é hizo aceptar, en la primera junta ó congregación por él convocada, que solo el general tenía derecho para establecer reglas nuevas.

El general asume, por lo tanto, los poderes ejecutivo y legislativo, ni más ni menos que un rey absoluto.

Veamos ahora cuáles son sus prerrogativas.

II

El administra la «Sociedad» y ejerce jurisdicción sobre todos sus miembros. De él emana toda la autoridad de los provinciales y demás superiores, reservándose la facultad de distribuir á cada uno ó de retirarle el poder que le concede

(Continuará)